

DIA V.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE LOS SANTOS MÁRTIRES MARCIANO, NICANOR, APOLONIO Y OTROS, en Egipto; los cuales padecieron glorioso martirio en la persecucion de Maximiano Galerio. (Su martirio fué esclarecido con una multitud de portentos con que el cielo atestiguó la santidad y gloria de estos sus siervos.)

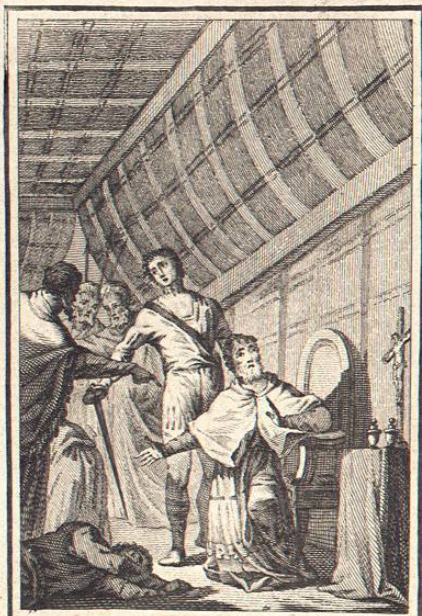
LOS SANTOS MÁRTIRES FLORENCIO, JULIANO, CIRIACO, MARCELINO Y FAUSTINO, en Perusa; que fueron degollados en la persecucion de Decio.

EL MARTIRIO DE LAS SANTAS ZENAIDA, CIRIA, VALERIA Y MARCIA, en Cesarea de Palestina; las cuales despues de padecer muchos tormentos consiguieron gozosas la corona del martirio.

SAN DOROTEO, presbítero, en Tiro; el cual padeció muchos tormentos en tiempo de Diocleciano, y alcanzando los tiempos de Juliano, honró con el martirio sus venerables canas en la edad de ciento y siete años.

SAN BONIFACIO, obispo de Maguncia, en el mismo dia; el cual de Inglaterra pasó a Roma, y el papa Gregorio II le envió a Alemania a predicar la fe católica a aquellas gentes; y habiendo convertido a la religion cristiana un gran número de almas, especialmente de los frisones, mereció llamarse el apóstol de Alemania: últimamente en Frisia enfurecidos los gentiles contra él le pasaron con una espada, y consumió el martirio juntamente con EOBANO, y algunos otros siervos de Dios. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL BIENAVENTURADO SANCHO, joven, en Córdoba de España; el cual aunque se habia criado en el palacio del rey, no obstante en la persecucion de los árabes, no titubeó en padecer el martirio por defender la fe de Jesucristo. (*Véase su vida en las de hoy.*)



S. BONIFACIO O. Y M.

SAN BONIFACIO, OBISPO Y MÁRTIR.

SAN Bonifacio, obispo de Maguncia y mártir, llamado con razon el apóstol de Alemania, fué inglés, y tuvo por nombre Winfrido. Nació por los años de 680, en el pequeño pueblo de Kirton, condado de Devohire, y sus padres, que eran muy piadosos, le criaron con el mayor cuidado en el santo temor de Dios, aunque en esto tuvieron poco que hacer por su bellissimo natural. Aun no tenia uso de razon, y ya mostraba inclinacion á la vida religiosa; pues antes de cumplir los cinco años, todo su gusto era oír hablar de Dios, y de la vida penitente que hacian los santos solitarios.

Llegaron á predicar en Kirton unos misioneros evangélicos que se hospedaron en casa de su padre, y el niño Winfrido se aprovechó admirablemente de esta ocasion que le ofrecia la divina Providencia. Oyóles decir, que para ser santo era menester negarse á sí mismo, y seguir á Jesucristo; que la vida religiosa era el camino mas seguro para salvarse; y que el mundo era un mar tempestuoso lleno de escollos y de peligros.

Apenas se retiraron los misioneros cuando Winfrido pidió licencia á su padre para entrarse en un monasterio. Sorprendióle mucho la proposicion; y como amaba á Winfrido mas que á los otros hijos, se opuso á su intento, y le mandó que no dejase la casa de sus padres. Obedeció el santo niño; pero Dios tomó de su cuenta el cumplimiento de su vocacion. Envió una grave enfermedad á su padre, y persuadido éste á que era justo castigo por su resistencia á la piadosa resolucion de su hijo, sin esperar á estar bien convalecido convocó á los parientes, y persistiendo Winfrido, á presencia de todos, en la determinacion de ser religioso, se decidió que uno de ellos le llevase á presentar en el monasterio de Encantraste.

Luego que el abad Wolfando vió y reconoció aquel aire modesto y apacible, aquel natural vivo é ingenuo, aquel entendimiento ya formado, y aquella virtud como anticipada, se sintió movido á recibirle. A vista del fervor con que el santo mancebo abrazó todos los ejercicios de la vida religiosa, le miraron los monges como un don con que el cielo los habia regalado, pronosticando desde luego, que algun dia seria uno de los mas ilustres ornamentos de la Iglesia. Concluidas las pruebas del noviciado, léjos de entibiarse, no teniendo mas que diez á doce años, fué un modelo cabal de religiosa perfeccion. Y habiéndose observado en él grandes talentos para las ciencias, con una singular inclinacion al estudio, se tuvo por conveniente enviarle al monasterio de Nuscella, donde florecian las letras mas que en la casa donde habia tomado el hábito. Allí encontró á un excelente director para la virtud, y un hábil maestro para las ciencias en la persona del abad Wimberto; y aprovechó tanto en poco tiempo en ambas facultades, que le proponian por dechado á toda la comunidad.

Siendo ya uno de los mas santos y mas sabios hombres de su siglo, le encargaron que enseñase la gramática, la poesia, la retórica, la historia y la filosofia á los monges, á quienes esplicó tambien la sagrada Escritura en los sentidos literal, moral y místico. Por su mérito sobresaliente y por su no menos singular virtud fué juzgado digno de ser promovido al sacerdocio; y or-

denado de presbítero á los treinta años de su edad, comenzó á trabajar en la salvacion de las almas, y á instruir á los pueblos por el ministerio de la predicacion.

Estaba escondido este tesoro en la provincia de Winchester, cuando la divina Providencia le manifestó á toda Inglaterra al tiempo que menos se pensaba. Habiéndose juntado los obispos en el país de Westfert, donde reinaba el religioso príncipe Ina, tuvieron necesidad de diputar un eclesiástico á su metropolitano el arzobispo de Conturbel, para informarle del motivo de aquella repentina junta, que era sobre cierto negocio urgente y de la mayor importancia. Propusieron los abades para esta diputacion al presbítero Winfrido; y aprobada por el sinodo la eleccion, desempeñó su comision con tanto acierto, que en adelante fué siempre llamado á todos los sínodos.

Sobresaltóse su humildad con esta señal de distincion, y resolvió mudar de país yendo á trabajar en la conversion de los gentiles á tierras donde no fuese conocido. Al principio se opusieron á este intento su abad y los demás monges; pero convencidos despues de sus razones, no solamente le aprobaron, sino que le dieron dos religiosos, para que le acompañasen en todos sus viajes.

Habiendo dejado las costas de Inglaterra, donde no hizo especial fruto su predicacion, dió fondo en las de Frisia por los años de 715. Tampoco aqui fué mas dichoso su zelo, sirviéndole de estorbo la guerra que á la sazón estaba encendida entre Cárlos Martel, príncipe de los franceses, y Rabbodo, duque de los frisones. Pasó á Utrech, capital entonces de la Frisia, y no habiendo podido lograr del duque cosa alguna, se vió precisado á volverse á Inglaterra, y restituirse á su monasterio de Nuscella. Llegó á tiempo que acababa de morir el abad Wimberto, y no hubo en que deliberar para nombrar á nuestro Santo por sucesor suyo; pero jamás hubiera aceptado la abadia, si no tuviera esperanza de renunciarla muy presto, como efectivamente la renunció en manos de Daniel, obispo de Winchester, luego que halló el prelado un sugeto capaz de gobernar el monasterio.

Descargado ya de este peso, determinó ir en derecha á Roma para echarse á los pies del papa, y pedirle le señalase su mision; persuadido á que su primer viaje no habia tenido efecto por no haber precedido esta diligencia de pedir la bendicion de su Santidad. Informado Gregorio II del mérito y de la eminente virtud de nuestro Santo por las cartas del obispo de Winchester, le recibió con grandes muestras de estimacion y de benevolencia; tuvo con él largas conversaciones, en las cuales des-

cubrió el fondo de su sabiduría, prudencia y virtud que le constituían uno de los hombres mas grandes, y de los mas grandes santos de su siglo.

Declaró al papa el deseo que tenia de dedicarse enteramente á la conversion de los infieles; aprobósele mucho su Santidad, y dándole todas las facultades y poderes necesarios para su mision, escribió á todos los príncipes que podian favorecer y contribuir á las empresas de su apostólico zelo. Con estas facultades salió de Roma el año de 719; y entrando en Alemania por la Lombardia, se encaminó derechamente á Turingia para echar en ella la primera semilla de la fe de Jesucristo, segun la instruccion y orden que le habia dado el sumo pontífice. Obró en ella grandes milagros, pero no fué el menor las grandes conversiones que hizo; y habiendo purgado en menos de seis meses de los errores del paganismo algunas reliquias de la religion cristiana, que todavía encontró, tuvo el consuelo de ver convertida en poco tiempo casi toda la Turingia.

Supo entonces que habia muerto el duque Rabbodo, enemigo jurado de la fe de Jesucristo, y partió á Frisia; donde se juntó con S. Willefrodo, fundador y primer obispo de la iglesia de Utrech, y cultivó tan dichosamente aquella nueva viña, que en menos de tres años se vió todo el país poblado de cristianos y los templos de los ídolos convertidos en iglesias. Hallándose S. Willefrodo oprimido con el peso de los años y de los trabajos, determinó hacerle su coadjutor; pero apenas oyó Winfrido la proposicion, cuando estremecido y asustado se escapó, y se fué á predicar al país de Hese. Detúvose en un lugar, que entonces se llamaba Omemburch, y despues se llamó Amelburg; conyirtió á dos señores, y fundó en él un célebre monasterio. En fin, cediendo todo al maravilloso zelo de nuestro Santo, redujo á la fe todo aquel vasto país, y llevó la luz del Evangelio hasta el rio Elba.

Resonaba por todas partes la fama de tantas maravillas, y llegando á los oidos del papa, quiso tener el consuelo de ver otra vez al nuevo apóstol. Obedeció, y partió á Roma despues de haber dado providencia en las necesidades espirituales de aquella nueva cristiandad; y fué recibido del sumo pontífice con todas las demostraciones de amor y de estimacion que merecian sus grandes servicios y su virtud. Bendijo á Dios por los felicísimos sucesos con que se habia dignado acreditar sus apostólicos trabajos; y considerando el grande bien que se acrecentaría á la Iglesia si un hombre como aquel fuese elevado á la dignidad episcopal, sin dar oidos á su repugnancia ni á sus representa-

ciones, el mismo papa le consagró por obispo el dia de S. Andrés de 723, mudándole el nombre de Winfrido en el de Bonifacio

Colmado de honras y de bendiciones de su Santidad, se restituyó el nuevo obispo á su amada mision, donde trabajó con todo el poder que le daba la dignidad episcopal. Predicó siempre con maravilloso fruto; y administrando el sacramento de la confirmacion á los que habia bautizado, por la gracia y fortaleza que con él se les comunicaba, se renovó el espíritu y el fervor en aquella tierna y recién nacida iglesia. Mandó cortar un árbol tan viejo como extraordinariamente corpulento, que llamaban *la fuerza de Júpiter*, y era ocasion de innumerables supersticiones, cuya madera empleó en la fábrica de una capilla que edificó en honra del apóstol S. Pedro. Despues que vió tan floreciente la religion cristiana en el país de Hese y en Sajonia, hizo otro viaje á Turingia, donde en poco tiempo volvió á despertar en todos el espíritu de la verdadera virtud; y dejando en ella zelosos predicadores, fué á llevar la luz de la fe al ducado de Baviera. Desterró de él á un pernicioso ministro del demonio, llamado Eremwulfo, que mezclando mil supersticiones gentílicas con algunos ritos y ceremonias cristianas, inficionaba el país llenándolo de groserísimos errores.

Por los negocios de las iglesias se vió precisado á volver tercera vez á Roma el año de 738, y fué recibido del papa Gregorio III aun con mayores demostraciones de amor y de estimacion que de su predecesor. Quiso su Santidad que asistiese á un concilio que habia convocado; y despues de haberle resuelto algunas dudas sobre diferentes puntos de disciplina por lo tocante á Alemania, le dió licencia para que volviese á continuar su apostólica mision

Tomó el camino derecho de Baviera, donde el duque Odilon le habia convidado, y donde solo habia un obispo, llamado Vivilon, enviado por Gregorio III, despues de las conversiones que Bonifacio habia hecho. Aumentado el rebaño, fué menester aumentar tambien el número de pastores; y usando Bonifacio de la potestad que le habia dado el sumo pontífice, erigió otros tres obispados, escogiendo por capitales las ciudades de Salzbourg, Frisinga y Ratisbona. En la bula en que el papa confirma la ereccion de estos tres obispados rinde muchas gracias á Dios, que por su misericordia hizo entrar cien mil almas en el gremio de la Iglesia, siendo su conversion fruto de las fatigas de Bonifacio, y de la proteccion con que Carlos Martel le habia favorecido; nombra á nuestro Santo legado á latere de la silla apos-

tólica, y le exhorta á que no fije su residencia en algun lugar determinado, sino que visite y corra toda la Alemania, llevando por toda ella la fe de Jesucristo.

No podia el papa mandarle cosa mas de su gusto. Corrió todo aquel vasto país con infinitos trabajos; pero con un fruto muy correspondiente á la inmensa dilatacion de su zelo. Erigió otros cuatro obispados, uno en Erfurd para la Turingia; el segundo en Buraburg para el Hese, el que despues se trasladó á Paderbon; el tercero en Eichstad para la Baviera; y el cuarto en Wurtzburg para la Franconia. Poco despues convocó un concilio en el cual se formaron cánones muy útiles para la reforma de las costumbres y para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica. Tantas y tan maravillosas obras necesariamente habian de ser fruto de inmensos trabajos, y es fácil concebir cuanto tendria el Santo que padecer en la conversion de tantos pueblos, todavía incultos, indóciles y bárbaros. Pero nada le parecian los ayunos, las penitencias, las fatigas, mientras sus portentosos trabajos no mereciesen ser coronados con la corona del martirio: *Todo el objeto de mis ansias* (escribia á Cuthberto arzobispo de Contúrbel) *es derramar mi sangre por la fe de Jesucristo y en defensa del Evangelio. Combatamos por el Señor, pues nos hallamos en los tiempos de asuccion. Muramos; si Dios lo quiere, por las leyes de nuestros padres, para llegar con ellos á la herencia eterna. No seamos perros mudos, centinelas dormidos, ó mercenarios que huyen á vista de los lobos. Seamos pastores cuidadosos y vigilantes, predicando á todos sin escepcion de personas, y no lisonjeando al pecador.*

Convocó despues otros dos concilios, uno en Esnes, en el obispado de Cambrai, el año 744; y otro el año siguiente en Soisons, de donde parece inferirse que tambien era legado de la silla apostólica en Francia.

La guerra que en todas partes declaraba al vicio y á la herejía, fué causa de que padeciese muchas persecuciones, particularmente por parte de algunos eclesiásticos relajados. Aldeberto y Clemente, dos públicos herejes, ejercitaron mucho su paciencia y su virtud; el primero fué condenado por el concilio de Soisons, y el segundo por el papa Zacarias que sucedió á Gregorio.

Pero los graves negocios de su legacia no sirvieron de estorbo á los trabajos de su apostolado. Como iba creciendo la mies, fué menester llamar nuevos obreros, y así hizo venir de Inglaterra muchos santos monges para gobernar los monasterios que habia fundado. Llamó á las santas Tecla, Lioba, Valburga, Vertigita,

Contrudis, á quienes encargó el gobierno de los monasterios de vírgenes fundados ya por Bonifacio en Turingia, en Baviera, en Chisinga, y en otras partes. Ni el cuidado pastoral de tantas iglesias le impedia atender á la direccion espiritual de muchas almas particulares, encaminándolas á la mas alta perfeccion. A sus saludables consejos se atribuyen los grandes progresos que hizo en la virtud el príncipe Carlo Magno, duque de los franceses, que renunciando las grandezas del mundo abrazó la vida religiosa, por vacar únicamente al cuidado de su eterna salvacion. Era tan grande la fama de la santidad de Bonifacio, que siendo reconocido por rey de los franceses Pipino, hermano segundo de Carlo Magno, quiso ser consagrado por nuestro Santo, como lo ejecutó, celebrándose en Soisons esta augusta ceremonia.

Hasta aquí S. Bonifacio, como legado de la silla apostólica, en ninguna parte habia fijado su residencia; pero habiendo vacado en este tiempo la silla episcopal de Maguncia, por haber sido depuesto Gervordo, el papa Zacarias, que no le estimaba menos que sus dos antecesores, le obligó á aceptar esta iglesia, despues de haberla erigido en arzobispal y metropolitana, nombrando por sufragáneos suyos los obispados de Lieja, Utrech, Colonia, Wormes, Spira, Strasburgo, Constancia, Coira, Ausburg, Eichstat, Wurtzburg, Erfurd y Buraburg. Pero presto renunció esta dignidad, porque acordándose perpetuamente que estaba dedicado á la conversion de los infieles, no pudo sosegar hasta desembarazarse de ella; y escitándose con nuevo ardor su zelo por la conversion de las naciones del Norte, despues de haber obtenido licencia del papa Zacarias para renunciar el arzobispado en su discípulo S. Lulo, partió para la Frisia septentrional, sirviéndole como de presagio de su muerte el ardiente deseo que tenia del martirio. Dió las providencias convenientes á las iglesias de su legacia, y tomó el camino de las costas mas retiradas de Frisia, acompañado de S. Eoban, obispo de Utrech, de tres presbíteros, tres diáconos, y de cuatro monges, los cuales todos le ayudaron con tanto zelo y con tanta felicidad, que luego que llegó convirtió muchos millares de personas.

Despues que bautizó un gran número de ellas la vigilia de Pentecostés, señaló un dia de la semana para conferir á todas el sacramento de la confirmacion; y por ser tantos, determinó celebrar esta funcion en el campo. Escogió para esto la llanura de Dukun, cerca del pequeño rio Borda. Los sacerdotes de los ídolos, rabiosos de ver abatidos sus templos en todas partes, juntando una tropa de gentiles, vinieron á echarse sobre los santos misioneros con las espadas desnudas. Viendo el Santo cumplidos

sus fervorosos deseos, se hincó de rodillas, y levantando los ojos y las manos al cielo, rindió mil gracias al Señor por la merced que le hacia de que terminase sus trabajos apostólicos con la corona del martirio. Volviéndose despues á sus amados compañeros, los exhortó á dar generosamente su sangre por la fe de Jesucristo, representándolos lo mucho que iban á ganar en trocar una vida breve, llena de miserias y de tribulaciones, por la eterna y feliz de la bienaventuranza. No le dejaron los bárbaros pasar mas adelante, y arrojándose sobre él, le quitaron la vida á cuchilladas juntamente con el obispo Eoban, con los tres presbíteros, los tres diáconos, los cuatro monges, y mas de cuarenta personas de los fieles que estaban ya dentro de la tienda. Así consiguió S. Bonifacio, apóstol de Alemania; la corona del martirio con otros cincuenta y dos compañeros, participantes de la misma dicha, el día 5 de junio del año 754 ó 55, á los setenta y cinco de su edad, treinta y seis de su obispado, y á los cuarenta de su entrada en Alemania. Su santo cuerpo fué conducido á Utrech, de allí dentro de poco tiempo fué trasladado á Maguncia, y en fin á Fulda por S. Lulo, obispo, como lo habia deseado el mismo Santo. Con él fueron tambien traídos los libros que tenia consigo, y los gentiles, despues de muerto, los habian arrojado por aquellos campos, conservándose todavia tres de ellos el día de hoy; uno contiene los cánones del nuevo Testamento; otro, que aun se ve teñido con la sangre del santo mártir, es la carta de S. Leon á Teodoro, obispo de Frejus, con algunas otras obras de los santos Padres. Y el tercero, que se cree ser de la mano del mismo S. Bonifacio, es un libro de los Evangelios. Las cartas de S. Bonifacio, así á los papas, como á los príncipes, que recogió y publicó el padre Serario, muestran su gran talento y su fervoroso zelo por la salvacion de las almas y reforma de las costumbres, no menos que su profunda humildad y la delicadeza de su purísima conciencia.

SAN FERNANDO, INFANTE DE PORTUGAL.

Uno de aquellos héroes del cristianismo, digno de los mas altos elogios por su prodigiosa vida, fué S. Fernando, quinto hijo de Juan, primero de este nombre, y décimo entre los reyes de Portugal, y de Felipa, hermana de Enrique V de Inglaterra. Quería el Señor manifestar al mundo uno de los maravillosos prodigios de su divina gracia en Fernando, y así dispuso, que hasta su nacimiento fuese portentoso. Sobrevinieron á su madre estando cercana al parto unas calenturas tan ardientes, que de-

esperando los facultativos de poderla salvar juntamente con lo que tenia en el vientre, resolvieron acelerar aquel con peligro del infante. Resistióse la piadosa reina á semejante determinacion, y no queriendo preferir su vida corporal á la espiritual de la criatura, puso toda su confianza en la santa parte del sacrosanto leño en que murió nuestro Redentor, que se tenia en grande veneracion en la iglesia de Marmelor, perteneciente á los caballeros de S. Juan de Jerusalem; y con efecto al contacto de la santa reliquia dió á luz con toda felicidad al ilustre niño en el día 29 de setiembre del año 1411.

Salió el infante al mundo tan débil y tan macilento, que fué preciso administrarle el bautismo por necesidad, creyendo todos que iba á espirar de momento en momento; de que provino el que en los primeros veinte y seis años de su vida padeciese continuas enfermedades con dolores intensísimos; mas no por eso dejó de ejercitarse en todas las virtudes, y de instruirse en las ciencias, especialmente en las sagradas, para haber un perfecto conocimiento de las verdades eternas, el que tuvo mas infuso que adquirido por el conducto de la oracion, practicando desde la edad de catorce años la vida que pudiera el eclesiástico mas ejemplar. Todos los días rezaba las horas canónicas en su capilla, la cual tenia ricamente adornada y surtida de todo lo necesario, con ministros continuos y con cantores escelentes, para que en ella se celebrasen los oficios divinos con toda magnificencia; pero no satisfecha su piedad con estos ejercicios dentro de palacio, asistia á todas las procesiones públicas, al viático cuando se llevaba á los enfermos, á las funciones eclesiásticas, y con especialidad á las de semana santa y de resurreccion, observando puntualmente todas las sagradas ceremonias. Además de esto invertia todos sus bienes en socorro de los pobres de Jesucristo, á quienes consolaba con palabras dulces, en caso de faltarle dinero, prometiéndoles subvenir á sus necesidades cuando lo tuviese; y esmerándose con los cautivos, se interesaba en su rescate por todos los medios que le dictaba su caridad sin limites. Amaba á la castidad con un afecto tan particular, que jamás se le oyó espresion menos decente, ni permitió que otros la dicesen á su presencia; por cuya razon aborrecia en extremo á los lascivos, y separaba de sí todo cuanto podia provocar á la torpeza, estimando respecto de ella leves á los demás vicios. Sobre todas estas apreciables cualidades, añadia el infante al rigor de asombrosas penitencias, un ayuno casi continuo, haciéndolo á pan y agua en todos los sábados y en todas las vigalias de las festividades de la Santísima Virgen; y condecorado con todas las